

MODELOS HISTORICOS DE FASCISMO (II) (*)

Por MANUEL PASTOR
Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCION

Al proponer en la primera parte de este trabajo un esquema del proceso de fascistización, señalábamos, siguiendo a Mandel y a Poulantzas, las siguientes fases:

1. Primera: desde los *inicios* del proceso hasta el punto de *no retorno*.
2. Segunda: desde el punto de *no retorno* hasta el acceso al poder.
3. Tercera: primer período del fascismo en el poder, período de inestabilidad.
4. Cuarta: segundo período del fascismo en el poder, período de estabilización.

Esta cuarta fase, que eventualmente precede a la etapa de guerra y transformación bonapartista, es la que cierra el ciclo completo del proceso (1).

Ahora bien, una exposición de los modelos históricos de fascismo, como la que vamos a esbozar a continuación, tiene presente los siguientes supuestos:

- a) El proceso completo de fascistización solamente se observa en los dos modelos clásicos del fascismo, el italiano y el alemán.
- b) El desarrollo desigual y combinado de las diferentes formaciones sociales capitalistas va a determinar la aparición de procesos incompletos de fas-

(*) Esta segunda parte sigue a una primera titulada *Un esquema para el análisis del fascismo*, que apareció en el número 1, otoño de 1978, de este mismo «Boletín», y precede a una tercera que se publicará próximamente.

(1) M. Pastor: *Un esquema para el análisis del fascismo*, ant. cit., págs. 25-26.

cistización, en función de las coyunturas políticas internas e internacionales. Esto quedará ilustrado con los modelos fascistas rumano y español.

c) Resulta obvio que la distinción entre un *movimiento* y un *régimen* fascista radica, precisamente, en la realización de la tercera fase del proceso: el acceso al poder. El acceso al poder del fascismo, con una cierta «autonomía política relativa», determina su transformación de movimiento en régimen como queda ilustrado en los casos italiano, alemán y rumano. En caso contrario, es decir, cuando el movimiento fascista no accede al poder con «autonomía» y se convierte en un simple elemento de apoyo en un régimen de tipo dictadura bonapartista-militar, como es el caso español, el movimiento se disuelve en estructuras burocráticas sin que podamos caracterizarlo propiamente de régimen fascista.

d) Por tanto, una comprensión adecuada del fenómeno fascista exige su distinción de la forma dictatorial bonapartista (2) con la que a veces se funde sin solución de continuidad. Tal distinción debe fundamentarse en criterios analíticos y objetivos, no en valoraciones éticas derivadas de la mayor o menor violencia político-institucional que conlleve en cada caso.

e) Finalmente, conviene subrayar el hecho de que los modelos de régimen fascista que se exponen a continuación, que surgen en formaciones sociales de tipo industrial (Alemania), semi-industrial (Italia) y agrario (Rumanía), recusan definitivamente los enfoques economicistas que caracterizaron los análisis del fascismo en la Comintern, poniendo el énfasis, así, en las coyunturas específicas de la lucha de clases.

Exceptuando los casos de Trotski, Gramsci, Nin, Guerin y muy pocos más (3), la mayor parte de los análisis marxistas del fascismo estuvieron condicionados por los dictámenes oficiales de la Comintern, a partir del IV Congreso (noviembre-diciembre, 1922), con la característica deformación economicista. Zinoviev, Martinov e, incluso, Togliatti, explicarán el fascismo como fenómeno de las sociedades agrarias y producto del atraso económico. Como ya había previsto Trotski, la subida de Hitler al poder en Alemania echó por tierra todas las interpretaciones «ortodoxas».

El triunfo del fascismo, esto es, su conversión de movimiento en régimen, en tres sociedades tan diferentes, con grados tan diversos de desarrollo económico, político y cultural como Italia, Alemania y Rumanía, ilustra admirablemente la universalidad del fenómeno político fascista y su dependencia más bien de

(2) Véase M. Pastor: *Ensayo sobre la Dictadura. Bonapartismo y Fascismo*, Ed. Tucur, Madrid, 1977.

(3) L. Trotski: *The Struggle against Fascism in Germany*, Pathfinder Press, New York, 1971. A Nin: *Las dictaduras de nuestro tiempo*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977. D. Guerin: *Fascismo y Gran Capital*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1973.

coyunturas específicas de la lucha de clases que de condicionamientos económicos inmediatos, en un sentido general y abstracto, como sostenían los análisis mecanicistas.

Veamos cómo se desarrolla el proceso en cada caso.

ITALIA

1. Primera etapa: *formativa* (1919-1920)

Sin remontarnos a los precedentes ideológicos del fascismo italiano (4), 1919, con la aventura dannunziana en Fiume y la creación del primer *Fascio di Combattimento* por Mussolini, representa el nacimiento u origen estricto del nuevo movimiento político.

Desde 1914, momento de ruptura de Mussolini con el PSI y la fundación del periódico *Il Popolo d'Italia*, ya se perfigura lo que será el fascismo. Pero, a pesar de la financiación de firmas como Naldi, Edison, Fiat y Ansaldo, también llegan a Mussolini subvenciones de los socialistas belgas y franceses... La ambigüedad se mantiene por lo menos hasta 1919-20. Será el «bienio rojo» y la ocupación de fábricas y tierras lo que provoque, como reacción, la formación de la Confederación General de Industriales (Cofindustria) y de la Confederación General de Agricultores, con cuyos fondos comienza a organizarse el fascismo. Gramsci señalará más tarde: «En noviembre de 1920 ya habíamos previsto que el fascismo llegaría al poder, cosa entonces inconcebible para los propios fascistas, si la clase obrera no lograba detener su sangriento avance mediante las armas» (5). El ataque al Palacio Accursio de Bolonia y la expedición fascista a Ferrara sirven de colofón a esta primera etapa del fascismo, y comienzo de la segunda.

2. Segunda etapa: *proceso de fascistización* (1920-1940)

2.1. Primera fase: 1920-1921

A finales de 1919 los fascios contaban apenas con 17.000 miembros y en las elecciones convocadas por Nitti en junio de 1920, no consiguieron ningún

(4) Véase R. Paris: *Los orígenes del Fascismo*, Ed. Península, Barcelona, 1969; y especialmente. E. Nolte, *El Fascismo en su época*, Ed. Península, Barcelona, 1967, págs. 175 ss.

(5) Cit. por M. A. Macciocchi: *Elementos para un análisis del fascismo*, Ed. Mandrágora, Barcelona, 1978, tomo I, pág. 24.

diputado. Por el contrario, triunfan las formaciones democráticas: de un total de 508 actas, los socialistas obtienen 156, los socialistas independientes 21, los populares 100, los radicales 61, los republicanos 9, los liberales 25 y los moderados de Giolitti, que sucede a Nitti, 91. Sin embargo, como señala Guichonnet, «este resultado global disimulaba debilidades inquietantes: cerca del 50 por 100 de abstenciones demostraban la indiferencia de gran número de ciudadanos» y los socialistas estaban divididos por el problema de la adhesión a la Tercera Internacional (6).

En el otoño de 1920, termina la marejada revolucionaria, pero pervive en los propietarios el miedo al espectro rojo. «Comienzan a financiar el movimiento fascista, en el que ven una protección contra la subversión comunista. Desde entonces se instala un estado permanente de desorden y de inseguridad. El fascismo, que había sido hasta aquel momento un fenómeno limitado y urbano, se extiende a los campos de la llanura del Po y de Toscana, donde se llevan a cabo expediciones de represalia» (7).

Se trata, pues, de los *inicios* del proceso de fascistización. Nuevas crisis de gobierno y nuevas elecciones (mayo de 1921), debilitan al bloque democrático y permiten a los fascistas obtener 35 actas.

En el Congreso de Roma (7-10 de noviembre de 1921), el movimiento fascista se transforma en *Partido Nacional Fascista*, resultado de la unificación con los grupos nacionalistas, futuristas y *arditti*. El PNF, con más de 310.000 militantes, es ya una considerable organización de masas. Asimismo, bajo la dirección de Italo Balbo y de Dino Grandi se organiza la *Unión Obrera del Trabajo*, sindicato fascista.

Consumada esta fase de organización, con el apoyo económico y político de la Cofindustria, el proceso alcanza el punto de *no retorno*.

2.2. Segunda fase: 1921-1922

Se trata, en efecto, de una fase corta, jalonada por nuevas crisis gubernamentales (Giolitti, Bonomi, Facta), crisis económica y social (más de medio millón de parados, según fuentes oficiales para mayo de 1922), lo cual repercute directamente en la ampliación del PNF (más de 720.000 militantes en la primavera), y, finalmente desencadena la ocupación fascista de distintas ciudades (Ferrara, Rovigo, Bolonia, Cremona, Rimini...). Probablemente en el Congreso Nacional de la Cofindustria (17 de octubre), se toma la decisión final. El día 24 comienza en Nápoles el Congreso del PNF; el 26, lanza Mussolini su ultimátum;

(6) P. Guichonnet: *Mussolini y el Fascismo*, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1970, págs. 36-37.

(7) *Ibidem*, págs. 38-39.

el 27, cae el gobierno Facta; el 28, el Rey se niega a firmar el decreto sobre el Estado de sitio y el 29, comienza la pintoresca «marcha sobre Roma» que, como indica Poulantzas irónicamente, sólo fue un desfile (8). El fascismo accede al poder.

2.3. Tercera fase: 1922-1925

El fascismo en el poder decide transformarse en régimen. A principios de 1923, se crean dos nuevas instituciones que se confundirán con los aparatos del Estado: la Milicia Fascista y el Gran Consejo del Fascismo. La primera servía para una integración y domesticación de la base plebeya y rebelde del movimiento. La segunda sancionaba la élite dirigente del Partido. El régimen precisa una legitimación y a tal efecto se amañarán una nueva Ley Electoral (julio 1923) y unas Elecciones (abril 1924), que con la sustanciosa entrega de 25 millones de liras-oro por la Cofindustria al PNF le permitirán a éste, en una campaña desigual, preñada de violencia material y moral, obtener el triunfo con el 64,9 por 100 de los votos (356 actas), frente a los populares (39 actas), socialistas (46), comunistas (19) y otras formaciones minoritarias. Hecho significativo: «el fascismo triunfaba en la Italia del centro y en la del sur, pero estaba en minoría en las regiones septentrionales, bastión económico más evolucionado» (9).

Sin embargo, no todo marcha bien. El nuevo régimen se ve sometido a presiones diferentes y opuestas, procedentes, por una parte, de la propia base del Partido, las masas plebeyas de la pequeña burguesía empobrecida por la crisis, que dirigida por un sector «radical» (Farinacci, Balbo, Bianchi), reivindican un «anticapitalismo» original, una «revolución», una «segunda marcha sobre Roma». De otra parte, está la Cofindustria, que presiona sobre Mussolini y los jerarcas conservadores. Es este primer período del fascismo en el poder un período de inestabilidad.

El conflicto entre el régimen y los «radicales» de su propio Partido alcanza su punto culminante en diciembre de 1924. A partir de entonces, coincidiendo con la asunción por Mussolini de plenos poderes, tras el asesinato del diputado Mateotti, comienzan las depuraciones, que van acompañadas de una progresiva burocratización del Partido y del Sindicato (10).

(8) N. Poulantzas: *Fascismo y Dictadura*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1973, pág. 417.

(9) P. Guichonnet, ant. cit., pág. 46.

(10) E. R. Tannenbaum: *La experiencia fascista*, Alianza Universidad, Madrid, 1975, págs.

2.4. Cuarta fase: 1925-1940

Se ha denominado a ésta, *fase de estabilización*, lo que significa consolidación del dominio de clase que representa el fascismo. Como señala Tannenbaum, «después de que Mussolini confirmó su poder en enero de 1925, tanto el ejército como la policía se convirtieron en sus leales servidores, lo mismo que el aparato administrativo y los tribunales. El mismo partido fascista fue depurado de la mayoría de los que constituían sus elementos más revolucionarios, e integrado en la estructura constitucional del Régimen; los sindicatos obreros fascistas mantenían todavía una pequeña porción de militancia, pero luchaban en una batalla perdida contra la oposición conjunta del gobierno y de la Cofindustria. Lentamente, pero con seguridad, Mussolini, el fascista, se fue convirtiendo en Mussolini el *Duce*, un jefe nacional más que un jefe de partido; este cambio aumentó también el aspecto de legitimidad del Régimen. Las menciones a una revolución fascista quedaron reducidas a los periódicos del partido y a los manuales, mientras los aspectos del régimen que el pueblo aceptaba como legítimo eran francamente contrarrevolucionarios» (11). El fascismo se regenera o degenera en bonapartismo, lenta pero decididamente. «A partir de los últimos años de la década de 1920, el Partido Fascista se fue convirtiendo en un subordinado del Estado más que en su dirigente; al mismo tiempo, cambió su carácter y su composición» (12). Hacia 1927, el PNF se ha inflado hasta una cifra superior a los 800.000 militantes, con una compleja red de organizaciones de todo tipo, muy integradas, que caracterizan lo que Nolte califica la «Era Starace», el gran artífice de la burocratización y disolución de las tendencias potencialmente conflictivas. «Achille Starace, el secretario nacional del Partido durante casi toda la década de 1930, trató de imponer el estilo fascista de conducta a todo el país; al hacerlo, se convirtió en una caricatura de lo que Max Weber llamó en una ocasión *la rutinización del carisma*... apartó del Partido y del Régimen a los elementos “revolucionarios” que aún quedaban. La destrucción de la Confederación Nacional de Sindicatos Fascistas de Rossoni, y la sustitución de los más importantes dirigentes sindicales por burócratas silenció de forma eficaz a los sindicalistas... No sólo la dirección, sino también todos los miembros del Partido, se volvieron más respetables y conformistas durante los últimos años de la década de 1920» (13). Por otra parte, como advierte Poulantzas, en 1925-1926, con las leyes «ultrafascistas», se produce «un importante viraje en la reorganización del sistema estatal, en tanto que el partido se subordina progresivamente al aparato

(11) *Ibidem*, pág. 81.

(12) *Ibidem*, pág. 83.

(13) *Ibidem*, págs. 83-85-87, y E. Nolte, ant. cit., págs. 309 ss.

represivo del Estado» (14), esto es, el ejército y la policía. Este proceso culmina en 1928 con la proclamación oficial de la «unidad del Partido y del Estado». Constitúyese, asimismo, una Policía Política (OVRA) que se prolongaba con la Milicia (MVSN), depurada también de elementos «izquierdistas» y cuyos miembros procedían más de la alta que de la pequeña burguesía.

Esta cuarta fase, de larga duración, está jalonada de disposiciones jurídicas y medidas políticas en sentido abiertamente conservador: Pacto del Palacio Vidoni (octubre de 1925), entre la Cofindustria y los Sindicatos Fascistas; Ley de Plenos Poderes del Jefe de Gobierno, con plena responsabilidad ejecutiva (diciembre de 1925); Ley de Poder Decretal, mediante la cual el Dictador se arroga la potestad legislativa (enero de 1926); abolición del derecho de huelga y establecimiento de los contratos colectivos por los Sindicatos Fascistas (abril de 1926); Ley de Defensa del Estado y creación del Tribunal Especial para los delitos políticos (noviembre de 1926); Pactos Lateranenses y Concordato entre el Régimen Fascista y el Vaticano (febrero de 1929)... No es sorprendente que en 1927 el político conservador británico W. Churchill visite a Mussolini y haga una apología del Régimen Fascista (A propósito: en 1925, tras una visita a Italia, el político y empresario conservador catalán Francesc Cambó, publica en tres ediciones simultáneas —en italiano, en español y en catalán— una apología del régimen de Mussolini: *En torno del fascismo italiano.*)

La política imperialista que, a partir de 1934, desencadena el Régimen fascista y que se concreta en 1935 con la invasión de Abisinia y en 1939 con la invasión de Albania, supone el desplazamiento progresivo del elemento político por el elemento militar, proceso que se intensificará a partir de la entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial (junio de 1940) y que pone término a la *etapa de fascistización* propiamente dicha.

3. Tercera etapa: guerra y transformación bonapartista (1940-1945)

Hacia 1939, Italia gastaba en sus colonias diez veces más de lo que percibía, y sólo mantenía con ellas un 2 por 100 de su comercio total (15). Para 1940-41, la deuda pública asciende ya a más de 230,5 millones de liras (Al término de la guerra serán 1.066,64 millones.) Y las derrotas se suceden. En la primavera de 1943, se produce el desembarco de los Aliados en Sicilia. «La invasión de Italia provoca la primera crisis interna grave del fascismo, desembocando en la rebelión de una parte de los dirigentes y la eliminación del *Duce*» (16). Con anteriori-

(14) N. Poulantzas, ant. cit., pág. 418.

(15) P. Guichonnet, ant. cit., pág. 85.

(16) *Ibidem*, pág. 104.

dad algunos generales como Badoglio y Ambrosio ya habían diagnosticado la situación como insostenible. Parece que desde 1942 el Rey había sondeado a Ciano sobre la posibilidad de negociar con los Aliados. Finalmente, en la noche del 24 de julio de 1943, se produce la «revuelta de los jefes». Grandi, Ciano y Bottai presentan una orden del día para la reunión del Gran Consejo del Fascismo, órgano supremo del Régimen, en el que se desautoriza al *Duce* y se pide el retorno al régimen parlamentario constitucional. En la madrugada del día 25 se aprueban tales propuestas con 19 votos contra 7 y una abstención (17).

Se consuma, así, la transformación bonapartista del fascismo. El Rey firma un decreto nombrando al general Badoglio Jefe del Gobierno, con plenos poderes militares, quien forma un gobierno de técnicos y emprende la disolución del Partido, el Gran Consejo, la Milicia y el Tribunal especial. Mussolini permanece arrestado desde el 26 de julio sin que ninguna voz se alce en su defensa. Su posterior liberación por un comando alemán y el establecimiento de la República Social de Saló, a las orillas del lago Garda, como protectorado germánico, pertenece ya al capítulo anecdótico de la historia del fascismo. Como ha escrito Nolte, «entonces el fascismo debía marchitarse y los fascistas dividirse; los burgueses nacionalfascistas volvieron a ser burgueses nacionalistas y dejaron de ser fascistas... Cuando Mussolini habló de la “traición” del Consejo Supremo fascista se basaba, como en tantas ocasiones, en una valoración meramente ética en lugar de política: el Duce del fascismo en esos momentos ya no podía ser traicionado, porque él mismo había condenado al nacionalfascismo italiano» (18).

(17) *Ibidem*, págs. 105-106.

(18) E. Nolte, *ant. cit.*, pág. 316.